

## CAPITULO XXI.

*Deducese de todo lo dicho quàn grande confirmacion de nuestra fé sea la sangre de los martyres: ponderando las principales circunstancias que intervinieron en sus martyrios.*

**A**gora será necesario philosophar sobre lo que está dicho. Y bien entenderá el prudente Lector quánto avia que decir y encarescer sobre cada batalla destas, si hiciera aquí el hombre officio de predicador, y no de historiador. Mas esto quedará para la devocion y admiracion de los que lo leyeren. Pero lo que à mi intento y proposito pertenesce (que es confirmar la verdad de nuestra fé con el testimonio de los martyres) esto solo entiendo declarar.

Pues para entender la grandeza destas batallas debe el prudente lector ponderar todas las circunstancias que en ellas entrevinieron. Entre las quales hallará cinco señaladas: cada una de las quales considerada por sí sola es un grande argumento y testimonio de nuestra fé: y assi será mucho mayor el de todas cinco juntas.

**I.** Pues entre estas circunstancias la primera es el numero de los martyres que por ella padescieron. Porque à la cuenta de lo que se alega de Sant Hieronymo, que si la Iglesia viesse de celebrar las fiestas de todos los martyres, tendria para cada uno de los dias del año mas de cinco mil: siendo pues esto assi, y teniendo el año treientos y sesenta y seis dias, eche cada uno la cuenta, y verá que son muchos mas de un millon de martyres, que en los treientos años que duró la persecucion de la Iglesia padescieron. Y ser esto assi, se confirma por el testimonio de Sant Juan Evangelista: el qual vió à todos ellos en su revelacion vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos: cuyo numero era tan grande, que (como él dice) (a) nadie lo pudiera contar. Y que estos fuessen los santos mar-

tyres, declara él diciendo que el Angel que le mostraba estas cosas, le preguntó: Estos que vees aquí vestidos de ropas blancas, quién son, y de dónde vinieron? Vos (respondió él) Señor mio, lo sabeis. Estos (dixo el Angel) son los que vinieron aqui passando por grandes tribulaciones, y lavaron sus ropas, y las pararon blancas con la sangre del cordero. Los quales ya no padesceran mas hambre, ni sed, ni los fatigará el sol, ni el ardor del estío; porque el cordero que está en medio del throno, los regirá y llevará à beber à la fuente de las aguas de vida: y Dios será el que enxugará las lagrimas de sus ojos. Todas estas palabras declaran tratarse aqui de la gloria de los martyres: los quales son tantos en numero, que (como el Evangelista dice) nadie los podría contar. Con lo qual parece ser verdadera la sentençia de Sant Hieronymo que deste numero trata. Este es pues el primer testimonio de nuestra fé, aver padescido por ella esta infinidad de martyres. Porque dende que Dios crió el mundo, tal persecucion y matanza jamás se vió; ni donde los hombres acceptassen tan de corazón y de verdad la muerte. Y pues nos consta que no pudieran perseverar los martyres en la constancia de su fé en medio de tantos y tan horribles tormentos sin especialissima gracia y asistencia del Spiritu Sancto (como luego declararemos) síguese que él era el que en ellos y por ellos daba testimonio desta verdad. De donde se infiere que assi como los martyres son innumerables, assi lo son los testigos desta verdad. Lo qual es grande confirmacion de nuestra fé.

**II.** La segunda circunstancia que acrescenta mas la verdad deste testimonio, es la calidad de las personas que padescian. Y en esta cuenta entran todas las edades, y qualidades de personas, viejos, y mozos, y moçachos, y doncellas delicadas, y personas de alto linaje, y de grandes dignidades y rique-

(a) Apoc. 7.

zas, y gran numero de Obispos sanctissimos y doctissimos, que no se entregaran tan facilmente à la muerte sin mucha consideracion. Siendo pues tan grande el numero de los martyres como está dicho (y mas de personas tan qualificadas) quién no vee entrevénir aqui el dedo y la virtud de Dios, que los esforzaba à abrazar voluntariamente la ultima de las cosas mas terribles, que es la muerte violenta? Porque si estos fueran pocos (como algunos hereges obstinados que padescieron por sus heregias) no nos maravilláramos tanto: pero ser tan grande el numero (como está dicho) quién no reconocerá aqui particular virtud y asistencia de Dios?

**III.** La tercera circunstancia es la estraña crueldad, y terribilidad, y muchedumbre de tormentos renovados unos sobre otros, con que atormentaban à los fieles. Mas estos qué lenguas, qué palabras, qué ingenio, qué eloquencia los podrá perfectamente explicar? En el capitulo diez y siete, en el §. quarto y quinto desta segunda Parte escribiendo las maneras de tormentos de los martyres, tratamos esto. Pero sobre las que alli referimos, ay otras no menos crueles y espantosas que aquellas. Porque es verdad que dende el principio del mundo hasta entonces nunca tan nuevos y estraños linajes de tormentos se vieron, ni oyeron jamás. Y no contentos los tyrannos con un solo tormento, acabado este, inventaban otro, y despues deste otro, y otros: de tal modo que llegaban à siete, y ocho, y nueve maneras de tormentos; y muchos destes en doncellas nobles y delicadas (como fue sancta Prisca, Martina, Eulalia, Barbara, Anastasia, Christina y otras tales) de modo que ni en el cuerpo del martyr avia cosa sana en que lo atormentar, ni en los verdugos mas fuerzas para proseguir en su crueldad. Pues quién no philosophará aqui, y no verá que esta fortaleza y constancia (y mas en tales, y tantas personas) es cosa que sobrepuja toda la facultad de las fuerzas huma-

nas: y que no fuera possible perseverar la doncella delicada en la continuacion de tantos tormentos, si no tuviera à Dios en su anima? Y ser esto assi, vemoslo por los muchos que se convertian à la fé, y padescian por ella sin ver milagro alguno, por solo entender que tal fortaleza y paciencia no era obra humana; sino divina. Porque de otra manera cómo fuera possible no desmayar un cuerpo flaco de una doncella con tanta lluvia de tormentos, cargados à porfia unos sobre otros, teniendo el remedio tan à la mano, como era poner un grano de encienso al idolo: y mas viendo à muchos Christianos desmayar y obedescer à los tyrannos por escapar destes tormentos? Assi que no se puede negar sino que el dedo y virtud de Dios entrevino aqui, y les daba esta tan grande virtud y fortaleza. Y aunque bastan y sobran para la prueba desto los exemplos que hasta aqui avemos referido, pero no dexaré de añadir à los susodichos otro que no podrá dexar de poner admiracion à los que lo leyeren: el qual se refiere en la Kalenda à los doce dias de Octubre. Este es de una noble virgen Romana, por nombre Anastasia: la qual renunciados los casamientos y bienes del mundo, se avia consagrado à Dios en una compañía de religiosas. Y sabida por el tyranno su fé y religion, mandóla traer presa en hierros ante sí. Y vista su constancia, mandó primero darle de bofetadas, y desnudandola, ponerle fuego debaxo, y despues rociarle todo el cuerpo con aceite y plomo derretido: y levantada en el cavallette, mandó que à poder de palos le quebrantassen y moliesen todos los huesos, y junto con esto le arrancassen de raiz las uñas, y tambien todos los dientes, y cortarle los pies, y las manos, y ambos sus pechos virginales. Y finalmente viendo que su furor era del todo vencido, desesperado de la victoria, le mandó cortar la cabeza. Pues (bolviendo à nuestro proposito) quién avrá tan ciego, que no vea ser

imposible que una virgen tan delicada no se ablandasse con tantos y tan terribles tormentos, si dentro de sí no estuviera toda llena de Dios?

Mas no solo ponía el Spiritu Sancto en sus voluntades esta fortaleza, sino tambien infundia en sus entendimientos una tan grande luz, que los inclinaba à creer con mayor firmeza los articulos y mysterios de la fé (aunque sean sobre toda razon) que lo que se vee con los ojos, y toca con las manos. Y tener esta fé (como dicen) en sana paz, quando no cuesta sangre, no es mucho: mas perseverar en ella quando es combatida con grandes tormentos, esto es obra de la virtud y poder de Dios. Sant Pedro seguramente caminaba por encima de las aguas de la mar quando ella estaba quieta; mas quando vió sus olas levantadas con un grande viento, luego comenzó à titubear en la fé (a). Pues assi decimos que no es mucho estar los hombres firmes en la fé en tiempo de paz; mas conservarla en el tiempo de la tormenta, quando los vientos y ondas de las persecuciones se levantan contra ella, y le dan tan grandes baterías; y que esto no baste para desquiciar al hombre de la fé, ni perder un punto della, ni de la confession della, obra es de la virtud y gracia divina, y no de qualquiera gracia, sino de muy grande y singular gracia. Porque gracia tenia Sant Pedro, y revelacion de la divinidad del Salvador, y muchos milagros avia visto que daban claro testimonio della: mas es tan grande la flaqueza humana, y el temor natural de la muerte, que sin ver él la cara de los tyrannos, y el horror de sus tormentos, bastó la voz de una mozueta para hacerle negar. Por el qual exemplo entenderá el prudente lector cuánta luz y fortaleza del cielo era necesaria para estar los martyres constantes en la fé en medio de tantas tempestades y tormentas, pues el Principe de los Apostoles desmayó y negó con tan liviana causa. Porque sin duda

es grande maravilla y obra de Dios tener esta firmeza de fé en cosas que sobrepujan la facultad de la razon, quando se atraviesan por medio grandes contradiciones y persecuciones, que dan batería cruel à esta misma fé.

IV. La quarta circunstancia acrescencia aun mas la maravilla desta constancia de los martyres: que fue la manera del padecer, y la voluntad de padecer. Porque siendo tan espantosos y horribles los tormentos (como acabamos de decir) muchos dellos, ni se acobardaban, ni se acuytaban en presencia de los tyrannos: antes con toda libertad y esfuerzo condenaban su crueldad, y reprehendian sus vicios, y escupian, y deshonoraban sus dioses, diciendo que eran demonios del infierno; y burlaban de sus Emperadores. Y (lo que mas es) muchos dellos, no solo hombres, sino tambien doncellas, sin ser buscadas se ofrecian voluntariamente à padecer por Christo, y se juntaban con los martyres, animandolos con palabras y corazones generosos à la paciencia del martyrio. Pues quién será tan ciego que no vea no ser esta obra de naturaleza, ni de carne, ni de sangre, sino de la presencia del Spiritu Sancto, que en ellos y por ellos hablaba y triumphaba? Donde es mucho de notar con grande atencion, que si esta constancia tuvieran los martyres en confirmacion de una verdad que se alcanza por razon natural (como es aver Dios en el mundo) no nos maravilláramos tanto: mas tenerla en testimonio de las verdades que sobrepujan la facultad de la razon natural (como es creer que Dios es Trino y Uno, y que un hombre crucificado es Dios) esto es cosa tan ardua, que no se puede alcanzar sin especialissimo favor y lumbré de Dios.

V. La quinta circunstancia que declara la presencia y assistencia de Dios en las batallas de los martyres, es el fin desta conquista: que fue la victoria y gloria de Christo, y el caimiento y des-

(a) Matth. 24. I. castrum autem non habebit in se diem

tierra de la idolatría. Porque pretendiendo aquel dragon infernal por medio de los Reyes y Emperadores con tan gran matanza de Christianos extinguir el nombre y la religion de Christo, y establecer la suya, succedióle tan al revés este su deseño, que no solamente no pudo desarraigaygar del mundo la religion y culto de Christo; mas antes ella fue tanto mas encumbrada, quanto mas perseguida, hasta quedar el campo y la victoria por ella, y el culto de los idolos desterrado, y desechado del mundo. Y para que mejor esto se entienda, y sea Dios por esta maravilla conocido y glorificado, no dexaré de poner aqui un exemplo muy proprio y muy conocido y sabido en nuestra edad. En tiempo de los Reyes Catholicos, los hombres que aficionados à la ley de Moysen, no quisieron recibir el Evangelio, se fueron de Castilla à otras tierras: mas otros se quedaron en el reyno, y recibieron el baptismo; pero todavia muchos destes quedaron flacos y tiernos en la fé. Por donde el sancto Officio, pretendiendo limpiar la tierra, y apartar la cizaña del grano, procedieron en este negocio con misericordia y justicia: usando de misericordia con los penitentes, y castigando à los relapsos y impenitentes, mas el castigo destes tambien era templado con misericordia: pues communmente no era mas que ahogar al que avia de padecer: que es tormento que apenas dura una Ave Maria (porque la quema mas es deshonra que pena; pues el cuerpo muerto no la siente.) Mas Dios que tiene mil maneras para traer los hombres à sí, y manda compeler à los que no quieren venir à su cena, y ordenó con este castigo tan misericordioso, en espacio de cien años (poco mas ò menos) de tal manera se limpiasse la tierra, y apartasse la paja del grano, que es agora muy poco ò casi nada lo que el sancto Officio tiene que hacer en esta parte.

Ruego pues agora al prudente lector haga comparacion entre las circuns-

Tom. V.

tancias del un exemplo y del otro: y hallará que la diligencia del sancto Officio duró por el espacio que diximos de cien años, poco mas ò menos; mas la de los Reyes y Emperadores duró casi trecientos años. El castigo del sancto Officio era el mas breve y blando que puede ser: mas qué dirémos de la terribilidad de los tormentos con que los fieles eran atormentados, de que arriba tratamos? Y estos repetidos unos sobre otros, y otros nuevos sobre otros. Los quales no duraban por espacio de una Ave Maria; sino por dias, y noches, y semanas enteras, dexando estar penando los martyres atormentados hasta que à fuerza de dolores espiraban. Pues qué diré del numero de los muertos? Porque el numero de los castigados en todos estos cien años no sé si llegaría à mil ò dos mil culpados que padesciesen. Mas qué dirémos del numero de los martyres que padescieron? Porque dia uvo en que padescieron juntos quatro mil, y en otro cinco mil; y en otro seis mil, y en otro diez mil, y en otro doce mil; y en otro veinte mil, y en otro treinta mil, y à veces ciudades enteras, que fueron abrasadas y assoladas, sin quedar niño ni viejo que no passassen à cuchillo. Otras veces eran tantos los que padescian, que el numero dellos se remite al conocimiento de solo Dios. Y dexadas à parte las persecuciones de Nerón, y Domiciano, y Decio, y Valeriano, y otros tales, osaré afirmar que solo Diocleciano con su compañero Maximiano martyrizaron mas de cien mil Christianos: pretendiendo con esta tan estraña carnicería extinguir y desterrar de todo el mundo la religion y nombre de Christo. Porque parecía à este tyranno, y à los demás tan gran disparate decir que un hombre crucificado entre ladrones era Dios, y anteponer la religion y culto del à la de sus dioses, que todo su estudio y cuidado, ponian en que no viesse en el mundo rastro ni memoria de Christo. Resumiendo pues agora lo dicho, pregunto: Cómo siendo tan ter-

Rr

ri-

ribles los tormentos de los martyres, y tan grande el numero de los atormentados, y tantos los años que duró esta tempestad, no fueron poderosos los Reyes y Monarchas del mundo para extinguir el nombre y la religion de Christo? Mas qué digo extinguir? O admirable Dios en todas sus obras! O maravilla digna de ser con lenguas de Angeles en todo el mundo predicada! No solo no bastaron para esto; mas antes (lo que sobrepuja toda admiracion) como si las persecuciones dellos fueran favores nuestros, y persecuciones dellos, assi succedió el negocio tan al revés, que Christo quedó vencedor y triumphador, y adorado del mundo; y las estatuas de sus dioses fueron derribadas, y despedazadas, y acocedadas, y sus templos y altares abrasados y puestos por tierra. Pues quién será tan ciego que no reconozca en estas dos cosas tan estrañas la virtud y asistencia de Dios? Porqué de otra manera, cómo bastaron cien años para limpiar à Castilla de la cizania que en ella avia, con tan blandos y misericordiosos castigos: y no solo no bastaron treientos con tan terribles y prolixos tormentos para extinguir el nombre y la religion de Christo, y establecer la de sus dioses; mas antes la religion de Christo creció con las persecuciones, y la de los falsos dioses quedó deshecha y desterrada del mundo, y Roma que era cabeza de la idolatría, quedó hecha cabeza de la Iglesia, y los Emperadores Romanos que la perseguian, se subjecaron à los pies del Vicario de Christo? Pues qué hombre avrá tan ciego, que no reconozca aver entrevenido aqui (como diximos) el dedo de Dios? Porqué quién era poderoso para obrar esta tan grande maravilla, sino Dios? Y de qué otra manera avia de triumphar Christo del mundo y de la idolatría, sino desta manera? Es este discurso tan poderoso para corroborar el testimonio que los santos martyres dieron de nuestra fé, que por solo él (aunque mas no viesse) doy por bien empleada toda la escriptura deste libro.

## CAPITULO XXII.

*Relacion de siete Sacerdotes que padescieron por la fé de la Iglesia Romana el año de 1582. en Inglaterra.*

**E**S tan gloriosa y tan admirable (Christiano lector) esta materia de la constancia de los santos martyres, que es necesaria particular lumbre y gracia de nuestro Señor para saber estimarla, y gustar della. Para lo qual es alguna manera de impedimento ser la cosa tan antigua, y que tantos años ha que pasó. Y por esto me pareció referir aqui el martyrio de siete muy virtuosos y Catholicos Sacerdotes que padescieron agora en nuestro tiempo en el reyno de Inglaterra. Y no dubdo que por ser la cosa tan reciente, nueva mas nuestros corazones que las passadas. Y por aqui podremos entender quan grande fue la constancia y fortaleza de aquellos antiguos martyres: de los quales muchos padescieron mayores y mas prolixos tormentos que los presentes. La relacion desto escrivió summariamente al Rey Catholico nuestro Señor, Don Bernardino de Mendoza, su Embaxador. Mas una persona que presente se halló à la muerte de aquellos Padres, escrivió una carta en lengua Latina à un amigo suyo, declarando en particular de la manera que el negocio passó. La qual va aqui trasladada en lengua Española, para edificacion y consolacion de los lectores.

*La Carta comienza assi.*

**L**OS dias passados escriví à v. m. lo que pasó acerca de la muerte del Reverendo Padre Edmundo Campion, de la Compañia de Jesus, y de los demás Sacerdotes que con él, y despues dél padescieron por la fé Catholica el primer dia de Diciembre del año passado de 81. y en el primero de Marzo siguiente. Mas agora como la divina bondad aya ordenado llamar à la misma

corona otros siete Sacerdotes suyos, parecióme que convenia à la razon de nuestra amistad comunicar con v. m. estas cosas; para que entienda en qué estado estamos, y quanto debemos à nuestro Señor y Salvador Jesu-Christo, que esta tan insigne constancia de confesion dió aun à mancebos en este nuestro tiempo. El negocio pues pasó en esta forma.

Lunes à 28. del mes de Mayo passado de 1582. sacaron por dos veces al martyrio siete Sacerdotes de la ciudad de Londres. La primera vez sacaron tres: conviene saber, Thomás Fordo, Juan Schirto, y Roberto Fonsano, atados unos con otros de pies y manos. Y puestos ellos encima de un zarzo de mimbres boca arriba, llevaronlos arrastrando por todas las calles de Londres, atados à las colas de unos cavallos: y como venian arrastrados por tierra, y llovía mucho, era cosa lastimera ver quan enlodados venian antes que llegasen al lugar del tormento. Mas quando llegaron à él, determinaron matar à cada uno por sí; para que el uno viesse los tormentos del otro, y con esto se ablandasse y mudasse su proposito. Y en el primer lugar sacaron à Thomás Fordo, varon docto y grave, y de mucha autoridad: al qual desataron del zarzo en que venia, y lo subieron en un carro, para que arrojado de la pertiga alta del carro, fuesse mas facilmente ahoreado. Este Fordo fue hallado en la misma casa con el Padre Campion, y ya avia ocupadose por espacio de siete años en cultivar la viña del Señor en Inglaterra, y avia trabajado muy bien, y adquirido muchas animas à Christo por la ardiente predicacion de la fé Catholica, y exemplo de vida severissima que hacia. Este pues como viniesse à la presencia del pueblo, hecha la señal de la Cruz (que los hereges abominan) comenzó abiertamente à decir quién era, y qué professaba, y por qué causa era venido à aquel lugar: esto es, por ser Catholico. Y por singular gracia de Dios

dotado de dignidad Sacerdotal: y que venia à morir por la confesion de la fé Catholica: la qual predicaba ser à todos necessaria para su salvacion, y que no podia alguno escapar del eterno tormento, si no estuviesse en la union desta fé Catholica. Por tanto à todos exhortaba que entrassen dentro del arca de la Iglesia Catholica. Y comenzando el martyr à decir otras cosas, con las quales los animos de los que presentes estaban no poco se movian, el Vizconde de Londres (que presidia à la execucion deste juicio) impidió lo que iba hablando, y le defendió que no passasse adelante; sino que solamente confessasse sus trayciones contra la patria, y contra el Principe della; y pedido perdon dellas, se aparejasse para morir. Al qual respondió Fordo: No tengo que confessar cosa de trayciones, las quales nunca me han passado ni aun por imaginacion; ni vosotros mismos me decís esso de veras, sino engañosamente; porque sabéis muy bien que estaba yo en Inglaterra esse dia, que vosotros fingís essas, no sé qué trayciones, en Roma. Y demás desto, quién no sabe que muchas veces nos aveis offrecido la vida y libertad, si quisiessemos descubrir al Magistrado los Catholicos con quien aviamos estado en esta tierra? Assí que ficcion es lo que nos accusáis de trayciones. La verdadera causa de nuestra muerte es la religion Catholica: la qual professamos, la qual predicamos, y la qual testificamos con el derramamiento de nuestra sangre. Esto vee nuestro Dios, que escudriña los corazones, y que revelará lo escondido de las tinieblas, y à cuyo tribunal nosotros subimos oy.

Apenas avia hablado esto el martyr de Christo, quando el Vizconde movido con ira, interrumpió la platica; porque temia que Fordo persuadiesse al pueblo lo que decia: y afrentado, llamandole Papista y traydor. Y preguntóle qué sentia de la Bula de Pio V. con la qual condenaba à la Reyna de Inglaterra. A lo qual Fordo

respondió: Yo ni preguntado ni acusado, ni condenado, fui en el juicio de la Bula de Pio V. assi que no ay para que agora me preguntes esso. Luego salió allí un mancebo desvergonzado que se daba por acusador de Fordo, diciendo falsos testimonios contra él: y junto con esto le propusieron ciertos articulos de una conjuración, que decian averse hecho en Roma contra la Reyna, diciendo que el Padre se habia hallado en ella. Porque ponen grande diligencia los hereges para que no entienda el pueblo que nadie padecese por la Religión; porque no se confirmen mas en ella, viendo lo que los Santos padescen por ella; sino que padescen por trayción; y assi los justifican con la misma pena de los traydores.

## §. I.

*Constante confession y martyrio de los Santos, con otros tres compañeros de su fé y constancia.*

**E**N este tiempo el Padre se recogió à su acostumbrada oración y contemplación sin hacer caso de las invenciones de sus mentiras: y esto hecho, mandóle el Vizconde que metiese la cabeza en la cuerda, como quien luego avia de padecer. Mas el Vizconde salió de nuevo con prometerle perdon, libertad, y vida por parte de la Reyna, si en alguna cosa consintiese, ò dixesse contra la autoridad del Romano Pontífice. A lo qual respondió Fordo que por ninguna vía tal haría: y que estaba aparejado para morir por qualquier cosa, por muy pequeña que fuesse, que tocasse à la fé de la Iglesia Romana. Mas los hereges daban voces por todas partes, diciendo: Dí alguna palabra, Fordo, contra el Pontífice Romano, y no morirás. A esto no respondió el martyr; sino rogaba à todos los Catholicos que hiciessen oración à nuestro Señor con él y por él. Visto pues el Vizconde que nada podía acabar con él, mandó que lo justificassen. Entonces el martyr de Christo despidiéndose de todos, y per-

donando de corazón à todos lo que contra él injustamente avian hecho, levantando las manos y los ojos al cielo, comenzó à repetir estas palabras con grande afecto: Jesus, Jesus, seais agora para mí Jesus; y diciendo esto fue derribado del carro en que venía, y quedó colgado de la cuerda: y quitado de allí medio vivo, fue despedazado por el verdugo en muchas partes.

Después de Fordo fue levantado Schirto, y puesto en el carro: y pasando por donde estaba el cuerpo de Fordo despedazado, tomólo en las manos, en la manera que podía, y à grandes voces dixo: O mi Fordo, que tan dichosamente acabaste la carrera de tu confesión! O bendita anima que volaste al cielo deste cuerpo mortal! Ruega agora por mí à esse Señor que claramente vees. Estas palabras affligian el corazón del Vizconde. Pero mas se embralescieron los hereges por ver que pedia favor à la Beatissima Virgen Maria. Mas su confesión fue, que él vivía conforme à la doctrina que avia aprendido y enseñado en la Iglesia Catholica: la qual avia de testificar agora con su sangre. Y entonces alegrándose en espíritu, prorrumpió en estas palabras: O Señor Dios y Padre Eterno, doyte gracias porque me criaste, y porque por tu Unigenito hijo me redimiste, y porque por virtud de tu Spiritu me santificaste, y me has conservado en la fé de tu Iglesia Catholica: y sobre todo esto porque me has traído à esta muerte tan gloriosa por tu santo nombre. Porque aunque ella à juicio de algunos sea affrentosa; mas para mí es materia de grande gozo y alegría.

Y pesándole mucho al Vizconde destas palabras, interrumpió la plática, y preguntóle por las trayciones. Y para prueba desto mandó leer los articulos de las trayciones. En este tiempo el varon de Dios se ocupaba en oración, sin hacer caso de lo que los hereges hacian para enganar al pueblo. Entonces el Vizconde le offesció el perdon

de la Reyna con la misma condición que lo avia offescido à Fordo. Mas el varon de Dios respondió que no aceptaba la vida con tal condición. Entonces el Vizconde deseando vencer su proposito, mandóle que mirasse el cuerpo de Fordo de la manera que estaba allí despedazado, certificándole que lo mismo avia él de padecer: y así luego le propuso el perdon de la Reyna, si desistiese de su opinión. Dixo entonces el siervo de Dios: Mas amigo soy de mi anima que de mi cuerpo; haz dél lo que quisieres. Aquí el Vizconde: No quieras, dixo, perderte. Blasphema de aquella ramera Babylonica de Roma, y abraza la misericordia que te offrece tu Reyna: la qual no querría que murieses. A lo qual respondió el martyr: Nunca Dios quiera que abrace yo tal misericordia que destruya mi anima. Y yo te digo Vizconde, que si no hicieres penitencia dessas palabras, que yo te acusaré en el día del juicio ante el tribunal de Christo: porque al Vicario que él tiene en la tierra, llamaste ramera Babylonica.

Con esta respuesta indignado el Vizconde, mandó luego que lo colgassen: y el verdugo comenzó à temblar, y antes que le echasse la cuerda en la garganta, pidió perdon al santo varon: el qual con rostro alegre respondió: Haz hermano lo que te mandan, no temas; yo libremente te perdono. Y sacó del seno un pañuelo en que tenia atados quatro reales, que era todo el thesoro que él tenía en la tierra, y dílos al verdugo. Y hecho esto, dió una voz con grande alegría, como si uviera recibido alguna singular consolación de Dios en su anima, y dixo: Quien quiera que no muere en la unión de la Iglesia Catholica, sépa cierto que eternalmente ha de morir y ser condenado. Y luego dixo aquella oración de la Iglesia: Señor Jesus Christo, hijo de Dios vivo, por tu passion, &c. Y diciendo esto, fue arrojado del carro, y quedó ahorcado.

Después deste traxeron à Fonsono

al tablado; y acusándole como à los otros, de traición, y crimen læsæ majestatis, él respondió que ni por pensamiento tal crimen le avia pasado. Dixo entonces el Vizconde: Yo te lo probaré. Reconoces tú à nuestra Reyna por cabeza de la Iglesia en las causas Ecclesiasticas? No la reconozco por tal, dixo Fonsono. Luego traidor eres, dixo el Vizconde: porque assi lo han determinado las leyes de Inglaterra. O hermosas leyes, dixo Fonsono, que hacen traidores à todos nuestros antepassados, los quales no reconocieron tales leyes! A esto no respondió el Vizconde; mas offescióle el perdon de la Reyna debajo de las condiciones ya dichas: el qual él no quiso recibir. Por tanto el Vizconde mandó que à gran priessa lo despachassen; porque se daba priessa por amor de la lluvia. Mas el varon de Dios comenzó à rezar la oración del Pater noster en Latin: en lo qual desagradó al Vizconde, y à los otros hereges; porque quisieran que la rezara en Inglés: mas Fonsono no lo quiso hacer, diciendo que él sabia bien Latin, y que los Catholicos podian muy bien juntamente con él orar en Latin: y que él no hacia caso de las oraciones de los hereges y scismaticos, cuyas voces sabia que eran aborrescibles à Dios. Salió entonces un predicador herege, diciendo: Reza la oración del Pater noster, como Christo la rezó: al qual respondió el martyr: Christo no la rezó en lengua Inglesa. Y dicho esto, y comenzando à decir: *Credo in Deum Patrem* con lo demás del *Credo*, à medio camino lo derribaron del lugar en que estaba, y assi lo martyrizaron.

Lo susodicho se hizo un día muy de mañana: y por estar lloviendo se hallaron pocos à este auto. Y cessando la lluvia, corrió luego la fama de los que quedaban para martyrizarse, y acudió gran numero de gente para verlo. Entonces sacaron del mismo castillo de Londres otros quatro Sacerdotes: Los quales iban tendidos de espaldas y boca arriba

en un zarzo de mimbres, atados los unos con los otros, arrastrandolos à las colas de unos cavallos. Los nombres destes eran, Guillelmo Filbeo, Lucas Ribeo, Lorenzo Ricarfono, y Thomás Cótamo. Todos estos al salir de la carcel, y en el camino iban cantando el hymno, *Te Deum laudamus, &c.* Y llegados al lugar del tormento, mataron à cada uno por sí, como à los primeros: y la misma forma se guardó con ellos que con los passados. Porque à cada uno por sí se le offresció el perdon de la Reyna con las condiciones ya dichas. Y todos ellos con igual virtud y constancia lo desecharon. Y antes de la muerte de cada uno se leían aquellos articulos de la traicion para infamarlos; y de las respuestas que ellos daban, claramente se veía ser fingidos engañosamente. Salió tambien un desvergonzado calumniador, por nombre Mundeio, que publicamente los accusaba: mas nada decia, sino injurias y maldiciones. Instaban tambien los predicadores hereges pidiendoles que hiciesen con ellos oracion en lengua Inglesa. Lo qual ellos por ninguna via quisieron hacer, diciendo que ellos no podian orar sino con los que estuviessen en la union de la Iglesia Catholica.

## §. II.

*Martyrio del Padre Thomás Cótamo.*

**F**inalmente como los cavalleros de Christo en ninguna cosa, por pequeña que fuesse, quisiessen consentir con la voluntad de los hereges, enojado grandemente el Vizconde de ver como ninguno dellos queria acceptar el perdon de la Reyna, despues de muertos los tres, acometió astutamente al postero, por nombre Thomás Cótamo, para ver si le podia inducir à que acceptasse el perdon de la Reyna con las condiciones ya dichas. Mas como el Sacerdote de Christo por ninguna via lo acceptasse, usó con él desta astucia. Preguntó à Cótamo si de veras él era cul-

pado en la traicion contra la Reyna, como sus compañeros. El respondió que no lo era: y que esto era claro y manifesto à los mismos adversarios. Lo qual primeramente probaba, porque él no estaba en Italia al tiempo que ellos decian que se avia tratado aquella conjuración contra la Reyna. Lo segundo, porque él avia buuelto de Francia à Inglaterra por convalescer de una recia enfermedad. Y que avia sido embiado por los Padres de la Compañia de Jesus (entre los quales avia cumplido un año de probacion) pero con licencia de los Superiores estaba diputado para ir à las Indias: mas por consejo de los medicos avia venido à su natural patria, que era Inglaterra, hasta recobrar la salud, que con una larga enfermedad avia perdido. Y llegado à esta tierra, no se escondió, como hombre que no sabía parte deste crimen. Y como entendió que el Magistrado andaba en busca dél para llevarlo à la carcel, él se offresció de su propia voluntad à la carcel: lo qual nunca hiciera, si se tuviera por culpado en aquella traicion; afirmando que la causa de su prision y de su muerte, era la confession de la fé Catholica. Dixo entonces el Vizconde: Pues tú, Cótamo, has de desechar la vida que de gracia te offresce la Reyna? No por cierto (dixo él) si la Reyna me la quiere dar, antes la recibo, y le doy gracias por ella. Oyendo esto el Vizconde, pretendiendo enganarle, mandó que le desatasen, y quitassen la sogá de la garganta, y baxassen del carro, y que se fuesse libremente.

Viendose pues Cótamo libre, maravillabase deste perdon, porque no entendia el engaño: y assi se dispone para irse. Dixole entonces el Vizconde: Ya estás libre, Cótamo. Solo una cosa te falta: que des alguna muestra de agradescimiento à tu Reyna por esta gran misericordia que contigo ha usado. Dixo entonces él: Doy muchas gracias à la Reyna por este beneficio. Qué otra mas muestra de agradescimiento me pedís?

Que-

Queremos (dixo el Vizconde) que delante deste pueblo declares que tienes otra opinion que la destes traydores que han padescido, y que no consentes con ellos. Eso no puedo yo hacer, dixo Cótamo; porque en la causa de la religion totalmente siento lo que ellos sintieron. A lo menos, si quiera (dixo el Vizconde) muestra alguna diferencia entre tí y ellos. No sé, dixo Cótamo, cosa en que me diferencie dellos. A lo menos (dixo el Vizconde) declara que no concuerdas con ellos en la autoridad del Romano Pontifice. No puedo (dixo Cótamo) discordar dellos en essa materia. Pues en todo (dixo el Vizconde) consentes con la opinion de aquellos traydores? En todas las cosas, dixo Cótamo, que pertenescen à la fé Catholica consiento con aquellos santos Sacerdotes. Oída esta ultima respuesta el Vizconde movido con grande ira, mandó que bolviessen à Cótamo al carro de donde lo avian abaxado, y lo colgassen, y despedazassen. Lo qual fué hecho à gran priessa, y con gran furor, y palabras injuriosas: y assi padesció este Sacerdote sanctissimamente como los otros. Esto es lo que la sobredicha carta refiere. Por lo qual vemos que pudieron estos venerables Sacerdotes ser muertos y atormentados, mas no vencidos. Pero el malaventurado presidente no pudo dexar de quedar affrentado y confuso, viendo que con todas sus artes y diligencias no pudo vencer la constancia de aquellos esforzados cavalleros de Christo. Y no menos lo quedaria la Reyna, viendo que todos ellos antes avian querido perder la vida, que otorgarle la dignidad que ella injustamente avia usurpado.

Alguno por ventura deseará aqui milagros, como los que algunas veces nuestro Señor hacia con los martyres antiguos. Mas yo no quiero mas milagro que ver tal fé, tal fortaleza, tal constancia, tal lealtad para con Dios, y tal li-

bertad de palabras para con el juez; y un animo tan generoso; que teniendo la muerte delante, ni se acuitó, ni desmayó, ni habló palabra indigna de su dignidad Sacerdotal, ni se enflaqueció viendo un tan horrible espectáculo como eran los cuerpos despedazados de sus compañeros. Esto pues es mas que milagro. Maravillabase el Propheta quando consideraba el camino que abrió Dios à su pueblo en medio del mar Bermejo: y dice (a) que considerando esta maravilla, le temblaba el corazón y los labios. Pues quanto mas gloriosa maravilla es aver dado Dios tal animo y esfuerzo à unos hombres de carne tan flaca, que las ondas de tantas aguas de tribulaciones y persecuciones no fuessen parte para ahogarlos y desmayarlos: sino que passassen à pie enjuto por este golfo tan peligroso, sin mojarse, y sin perder punto de la fé y lealtad que debian à su Criador? Los hombres que llevan à justiciar, antes de la muerte van ya medio muertos y desmayados: y estos generosos cavalleros de Christo salen de la carcel cantando: *Te Deum laudamus*, como si fueran à fiestas, y no à la muerte. Y si dixeran una palabra en favor de la Reyna, pudieran librarse de la muerte, y acabandola de decir, confessarse, y pedir misericordia, y perdon à nuestro Señor: y es cierto que lo alcanzaran tan facilmente como Sant Pedro, que mas gravemente peccó negando al Señor con juramento, despues de aver visto tantos milagros suyos (b). Mas estos fieles siervos del muy Alto, antes quisieron padecer tan cruel muerte, que estar por aquel tan pequeño espacio en peccado, y en desgracia de su Criador. Esta es pues otra nueva manera de milagros que obra la gracia: la qual quanto era mayor, tanto menor necessidad tenia del favor y esfuerzo de los milagros. Los quales por la mayor parte hacia nuestro Señor para ayudar à la flaqueza de las doncellas delicadas y tiernas que padescian.

Mas

(a) *Abac. ult.* (b) *Matth. 26.*

Mas como él sabía que la fortaleza que él avia dado à estos sanctos Sacerdotes bastaba para esforzarlos sin nuevos milagros, por esso no los quiso hacer; y porque los hereges no los merecian ver. Y assi queda declarado que no hacerse allí milagros redundan en mayor gloria de Dios y de su divina gracia.

## CAPITULO XXIII.

*Martyrio del Reverendo Padre Edmundo Campion, de la Compañia de Jesus, y de otros dos Sacerdotes que con él padescieron; el uno llamado Rodulpho Servino, del Collegio Anglicano que está en Roma; y el otro Alexandro Brianto, del Collegio Rhemense.*

**E**N la carta passada se hace mencion del martyrio del Padre Edmundo Campion, y de otros Sacerdotes que con él padescieron primero dia de Diciembre del año de mil y quinientos y ochenta y uno.

La historia del martyrio deste Padre y de sus compañeros es muy digna de ser sabida. Porque dellos podemos decir con mucha razon que fueron dos veces martyres; una por la fé, y otra por la charidad: estoes, una por no consentir con los hereges, y otra por no descubrir los Catholicos; aunque muchos tormentos por esta causa les dieron (como en el processo se verá) siendo en lo uno leales à Dios, y en lo otro à sus proximos y hermanos.

Este Padre Edmundo Campion era de la Compañia de Jesus, hombre de insigne virtud y doctrina, y diestro en el estudio de las letras humanas, assi Griegas como Latinas. Era natural de Inglaterra; y assi por esto, como por la eminençia de su virtud y letras, fue llamado de Praga (donde à la sazón estaba) y embiado por sus Superiores à Inglaterra à confirmar los Catholicos, y administrarles los Sacramentos, y apascen-

tarlos con la doctrina de la fé. Aceptó él esta obediencia con gran voluntad y zelo de la salvacion de las animas, ofresciendose à manifestos peligros por ellas: de los quales muchas veces lo libró nuestro Señor con especial providencia. Tuvieron desto inteligencia los hereges que gobernaban la tierra; y tenían una hambre canina de averlo à las manos; parte por impedir el oficio que hacia; y parte por saber dél quales eran los Catholicos que él doctrinaba. Entendió esto un hombre malvado, y ofrecióse à descubrir este religioso Padre, recibiendo grandes promessas del Magistrado, si saliesse con ello. Vino pues este traidor à Liphordia, que es una villa junto à Oxonia, y fingiendose Catholico, trató con un conocido suyo que verdaderamente lo era, y dél supo donde moraba. Sabido esto, dió luego aviso al Governador de la tierra, por nombre Justiniano: el qual vino luego con mucha gente armada, y cercó la casa del Padre: el qual à la sazón avia dicho Missa, y estaba con otros Catholicos tratando aquellas palabras del Salvador que dicen (a): Jerusalem, Jerusalem, que matas los Prophetas, &c. Entró luego à gran priessa aquella quadrilla de lobos rabiosos à dar en la manada de las ovejas de Christo que allí se avian juntado; y de aí los llevaron presos à una fortaleza que estaba al cabo de la ciudad de Londres. Entrando en esta ciudad, iba el Padre Campion delante con un sombrero en la cabeza, y en la copa dél pusieron los hereges este titulo: Este es Campion el Jesuita sedicioso. Salen luego todos de la ciudad à este espectáculo, unos à ver, y otros à escarnecer de los siervos de Dios. Mas el Padre Campion, confortado por el Spiritu Sancto, iba delante con un animo sóssegado, y con rostro alegre y sereno, no sin grande admiracion de los que lo veían.

Fue luego encerrado en una carcel escurissima, y tan apretada, que no po-

dia estar ni en pie ni acostado. Su comer era un poco de pan y agua. A cabo de tres dias sacado desta prision, fue llevado por el rio à la ciudad con el mismo traje que entrara en ella; hasta el palacio de Roberto: con el qual estaban otros Condes hereges, y dos secretarios de la Reyna. Delante de los quales el Padre declaró la causa de su venida à aquella tierra con tanta mansedumbre y prudencia, que ellos le quedaron aficionados; no poniendole otra culpa sino decir que era Papista. De aqui le tornaron à la carcel, pero tratandole mas blandamente. Y primero procedieron con él por blanduras y grandes promessas, procurando que en alguna cosa; aunque fuesse pequeña, consintiesse con ellos. Y viendo que todo esto era de valde, por estár el Padre tan constante en la fé, determinaron de dalle tratos de un tormento que llaman del cavallette: que es un linaje de tormento muy cruel: donde estando el hombre tendido, le atan à los dedos de los pies y de las manos unos cordeles, los quales estiran poco à poco de la una y de la otra parte con unas ruedas: por donde vienen casi todos los miembros à descoyuntarse, y desencasarse de sus lugares: que es intolerable dolor. Fue el Padre tres veces atormentado con este tormento tan cruelmente, que à la tercera vez pareció que acabara la vida. Mas siendo recreado en medio deste trabajo con la dulzura y esfuerzo celestial, luego que fué desatado, prorumpió en aquellas palabras: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur*. Pretendian los hereges con este tormento sacar del Padre con qué personas trataba, y quiénes eran los que avia traído à la comunicacion de la Iglesia Romana, y en qué trayciones avia entendido, y otras cosas à este proposito. Mas esforzando nuestro Señor al Padre, ninguna persona descubrió de las que le preguntaban. Y lo mismo hicieron con

Tom. V.

los otros Sacerdotes que con él fueron presos, con determinacion que si ellos descubriesen algun hombre principal Catholico, dixessen que el Padre Campion lo avia descubierto: para hacerlo con esto odioso à los Catholicos. Y pasó esta malicia tan adelante, que uno de los consejeros de la Reyna afirmó con juramento à un cavallero preso por Catholico, que Campion lo avia descubierto. Mas el cavallero no le dió credito; porque conosció la virtud del Padre.

Despues de los tormentos del cavallette determinaron los maestros de los hereges de ponerse en disputa con él, creyendo que por estar tan mal tratado de los tormentos, y enflaquecido con las vigiliass, y con la hambre passada, y cacerer allí de libros, facilmente le vencerian; y assi seria menoscabado el credito que los Catholicos tenían dél, y la fé quedaria abatida. Mas Dios le dió palabras y sabiduria, à la qual no pudieron responder todos sus adversarios (a). Duró esta disputa por espacio de quatro dias: y afirmaba un Catholico que se halló presente, aver defendido el Padre la causa de la fé con tan grandes argumentos, que si él fuera herege, se convirtiera à la fé por lo que allí oyó.

§. I.

Prosigue la mesma materia.

**P**Assadas estas cosas, fueron llamados à la Audiencia real el Padre Edmundo Campion en el mismo dia en que se celebra la fiesta de Sant Edmundo Martyr, y Rey de Inglaterra, y con él fueron llamados el Padre Jacobo Bosgra, y Thomás Quótamo, Sacerdotes de la Compañia de Jesus, y Rodulpho Servino, del Collegio Anglicano que está en Roma, y Lucas Hirbleu, y Duarte Ritzono, Sacerdotes del mismo Collegio, y Alexandro Brianto, del Collegio Rhemense. A todos estos opponian

§. II.

(a) Matth. 23.

(a) Luc. 11.

artículos de diversas maneras de trayciones que avian intentado contra su patria, y su Reyna. A lo qual todos respondieron, que por sola la causa de la verdad y Catholica religion eran venidos à su patria; y que por esto solo avian sido llamados à juicio, y por tantos modos tan cruelmente vexados, y que por esta fé estaban aparejados à ofrecer sus vidas. Duró esta audiencia hasta la tarde, y en quanto los jueces fueron à comer, mandaron dar de beber à los condenados. Mas el Padre Campion como tenía los brazos quebrantados del tormento pasado, no pudo llevar la copa à la boca. Pero hallóse allí un Señor, por nombre Don Apéro, varon Catholico, y nieto del clarissimo martyr Thomás Moro: el qual con su mano le llegó la copa à la boca.

Viendo pues Alexandre Brianto con los otros para la Audiencia, mostró una grande fortaleza de animo: el qual como Alférez de Christo, iba delante con una Cruz en la mano, que él avia fabricado para su consolacion, en la qual con un carbon avia pintado la imagen del Crucifixo. Y siendo reprehendido por un hereje por aver osado hacer esto, y mandandole arrojar la Cruz, respondió: Por ninguna manera lo haré. Cavallero soy de Christo crucificado: no dexaré tan illustre vandera hasta la muerte. Y tirandole el hereje la Cruz de las manos, respondió: De las manos me la podreis quitar, mas no del corazón: antes derramaré mi sangre por el que por mí derramó la suya en la Cruz. Y puesto este Padre en el tormento del cavallette susodicho, y estando en él por espacio de tres horas, reprehendia la crueldad de los que le atormentaban, y con todo esto decía: Esto es todo lo que podeis? Si no son otra cosa vuestros cavalletes mas que esto, vengan en buen hora otros ciento. Y no contentos con este tormento, añadieron otra terrible crueldad: que fue hincarle alfileres entre las uñas de los pies y de las manos. Ni debe de parecer espanto despreciar

él tan fuertemente los tormentos: porque en medio dellos era grandemente recreado con una maravillosa dulzura del Spiritu Sancto; según él mismo dá testimonio en una carta que escribió dende la carcel à los Padres de la Compañia de Jesus que estaban en Inglaterra. Y para tratar de la ocasión que uvo para escribir esta carta, no será fuera de proposito apuntar algo de las persecuciones de los herejes de Inglaterra, como se escribe en un libro que desta materia está impresso. Del qual se entiende ser tal esta persecucion, que en parte excede à todas las de los tyrannos antiguos que perseguian la Iglesia. Porque nunca estos ponian los fieles à question de tormentos para que descubriesen los otros fieles: lo qual se haéc en este Reyno; y esto no como quiera, sino con cruelissimos tormentos. Y con los encarcelados usan de estrañas crueldades: porque no consienten ser visitados ni socorridos con limosnas de amigos ni parientes, sopena de ser tenidos por sospechosos en su mala secta: que es summo peligro.

Viniendo pues al proposito desta carta, escribí este sancto varon que estando tan cerrada la puerta para toda consolacion y visitacion humana, un dia se ordenó una disputa entre los maestros de los herejes y los Catholicos: y por esta ocasión se abrió puerta para que entrassen muchos de los Catholicos à oírlo. Y andando algunos por los rincones de la carcel, llegaron adonde estaba este Padre Brianto (de quien vamos hablando) y con esta ocasión escribió una carta à los Padres de la Compañia, en que (entre otras cosas) les daba cuenta de las mercedes que nuestro Señor le avia hecho en medio de sus tormentos. Sobre lo qual dice estas palabras:

Si lo que dixere es cosa milagrosa, no lo sé: Dios lo sabe: mas que sea verdadera, mi consciencia me es testigo delante de Dios. Digo pues que estando en el postrer tormento quando los verdugos usaban de mayores crueldades en

mi cuerpo, teniendo estendidos con gran violencia mis pies y manos, con todo esto casi ningún dolor sentia. Y junto con esto refocelado y aliviado de los dolores del tormento pasado, quedé con los sentidos perfectos, y con el alma quieta, y corazón sossegado. Viendo esto los commissarios, salieronse fuera, y mandaron que el dia siguiente me atormentassen otra vez de la misma manera. Oyendo yo esta sentencia, creía verdaderamente y esperaba que con el ayuda divina lo sufriria. Y entre tanto que me atormentaban, meditaba como podia la amarguissima passion del mi Salvador, llena de innumerables dolores. Hasta aqui son palabras de la carta de Brianto. Mas de Seruino, Colegial del Collegio Anglico de Roma, se escribe en aquel libro de las persecuciones de Inglaterra, que era admirable la charidad y el zelo que tenia de la salvacion de las animas. Por donde quando le contaban la terribilidad de los tormentos que en su patria se daban à los Catholicos, no solo no desmayaba, mas antes se encendia mas en su corazón este deseo: y segun las buenas partes y gracias que de nuestro Señor avia recibido, assi de virtud, como de letras, y ingenio, uviera de aprovechar grandemente à su patria; si no fuera porque poco despues que entró en ella, fue preso, y cargado de hierros, y encarcelado en una carcel oscura. Mas estando él allí preso, no estaba presa la palabra de Dios: porque allí animaba los otros que estaban presos por la fé, para que perseverassen firmes y constantes en ella: y acordandose que estaba allí preso por Christo, el amor encendidissimo deste Señor causaba en su animo tan grande alegría, que no se podia contener que no hiciesse y dixesse cosas que manifestassen esta alegría que el Spiritu Sancto le daba: el qual en ningún tiempo está mas cerca de sus fieles siervos, que en el tiempo de la tribula-

Tom. V.

cion (a). Estaban presos en una camara junto à la suya dos hereges de una heregia infame y deshonestissima. Los quales viendo las muestras de alegría que en el siervo de Dios parecian, tenían para sí que estaba loco. Mas un dia ofreciendose ocasion para hablarle, vieron que no lo era, sino muy prudente y docto. Y platicando con ellos un rato, quando se llegó la hora de rezar el Officio divino, despidiendose de ellos humildemente, prostróse sobre las rodillas, y rezó su Officio con gran devocion: con lo qual ellos quedaron muy movidos por la novedad del negocio. Despues cenando una noche con ellos, de tal manera defendió la causa de nuestra fé, y confundió el error dellos, que los reduxo à la fé Catholica, y los absolvió y reconcilió con la Iglesia. De manera que los que estaban presos por aquella heregia infame (la qual persiguen los Ingleses) agora están presos por la fé Catholica.

Esto hecho, como los contrarios le amenazassen con el tormento del cavallette, y estando el negocio en tal estado que luego avia de ser atormentado, comenzó el varon de Dios à aparejarse con gran cuidado para sufrir el tormento, haciendo primero oracion por los que lo avian de atormentar. Pero nuestro Señor lo guardaba para otro mayor triumpho.

§. II.

Martyrio del Padre Campion.

MAS tornando al principal proposito, presentados los Sacerdotes ante los jueces que avian de sentenciar la causa; despues de vista la accusacion, y la defension, determinaron ellos ser el Padre Campion y sus compañeros dignos de muerte. Y preguntandolos el juez principal si tenían alguna cosa que alegar en su descargo: respondió el Padre Campion que ninguna mas que rogar à Dios immortal, que assi el juez

(a) Psalm 90.

como los acusadores y todos sus adversarios, en el día muy severo y estrecho del juicio, oyessen mas blanda sentencia que la que contra ellos se daba. Y pronunciada la sentencia, el Padre Campión con rostro alegre, dando gracias à Dios por este tan grande beneficio, comenzó à decir: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur.* Y Rodulpho Servino dixo: *Hæc dies, quam fecit Dominus, exultemus & letemur in ea.* Mas Alexandre Brianto considerando la injusticia de aquella sentencia, apeló para el summo Juez con aquellas palabras: *Judica me Deus, & discerne causam meam.* Y assi con grande alegría de sus animas se apartaron de la presencia de aquel consejo malvado, gozandose por averlos hecho Dios dignos de padecer por su nombre. (a)

Mas antes que fuesen al lugar del tormento, el Padre Campion habló al pueblo que presente estaba desta manera: Ya aveis visto como somos condenados por crimen læsæ majestatis; mas con quanta justicia vos lo ved. Porque si yo en todos los articulos propuestos uviera offendido à la magestad real, nunca ella ni todos los de su casa y consejo me offricieran vida, y libertad, y muchas mercedes tan liberalmente, si quisiera condescender con sus opiniones aun en cosas pequeñas. Antes os digo que este mismo Alcaide del castillo que está aqui à par de mí, me prometió estas mismas cosas, y otras mayores, si quisiese sola una vez ir à la Iglesia con los hereges. Ni él se atreviera à prometer cosas tan grandes, ni los Principes de Inglaterra tal permitieran, si halláran que yo avia cometido este crimen contra la Reyna. Assi que, hermanos, no el crimen de la trayeion; sino el zelo de la Catholica religion nos ha traído à este passo.

Acabado esto, los bolvieron à la carcel; y el primero día del mes de Diciembre el dicho Padre Campion, y Rodulpho Servino, y Alexandre Brianto

(de los quales arriba hecimos mencion) fueron entregados à los ministros de la justicia de Londres. Y los otros que con estos fueron condenados, reservaron para ser justiciados otro tiempo en otras ciudades de Inglaterra, para mayor terror de los Catholicos. Ataron pues al Padre Campion, y pusieronlo en un cañizo texido de varas, y tendido en él, lo llevaban arrastrando à la cola de un cavallo. Mas à Rodulpho Servino, y à Alexandre Brianto llevaban de la misma manera atados en otro cañizo, arrastrandolos à las colas de otros cavillos por todas las calles de Londres hasta el lugar donde suelen justiciar los ladrones, que está casi una milla fuera de la ciudad. Llegados à este lugar desataron al Padre Campion, y echaronle una cuerda al pescuezo; y assi le subieron en una carreta que estaba al pie de la horca. Subido en este lugar, comenzó à hablar con grande atencion, oyendole una tan grande muchedumbre de gente, quanta nunca se juntó en aquel lugar, estando presentes tres Condes, y cinco Barones, y otros muchos cavalleros y señores principales. Tomó entonces el Padre por thema muy à proposito aquellas palabras del Apostol (b): Un espectáculo estamos hechos à Dios, y à los Angeles, y à los hombres. Y declarando él estas palabras; antes que acabasse de hablar, un herege del consejo real, que estaba à cavallo junto à él, le cortó el hilo de la plática, diciendo: Ora sus: dexa, dexa ya de tentar y engañar al pueblo con tus palabras fingidas. Mejor harías en confessar delante de todos que tienes offendida la magestad real, y pedir humildemente perdon à la Reyna. Y lo mismo le aconsejaban los ministros de la justicia, y los Vicecomites de Londres. Mas Campion acudió diciendo: Hiciera lo que me pedís, si me sintiera culpado en esse crimen: si no teneis por crimen ser yo Catholico, que es summa honra y gloria: por

(a) Ab. 5. (b) 1. Cor. 4. 10

lo qual he padescido tantos tormentos, y estoy agora aparejado para recibir la muerte.

Entonces los Calvinistas comenzaron à pedirle que rezasse con ellos. Lo qual él no quiso hacer, abominando su falsa religion: mas pidió à todos los Catholicos que allí estaban, que en el punto que él estuviesse muriendo, le dixessen el Credo; para que la fé que ya no podria confessar con su boca, la confessasse con la de innumerables Catholicos que allí estaban presentes. Y desta manera hurtando à la carreta los pies debajo, quedó ahorcado: y antes que espirasse, uno de los principales hereges le cortó la cuerda, no consintiendo que espirasse alli, como se hacia comunmente con los malhechores. Y estando aun medio vivo, usaron con él y con sus compañeros de una tan rabiosa y desvergonzada crueldad, de la qual nunca Diocleciano, ni otros cruelissimos tyrannos usaron con los martyres: pero esta fue obra de hombres cuyas animas regia Satanás. Y la crueldad fue, que estando él aun vivo, le cortaron sus partes naturales, y abriendolo por medio con un cuchillo, le arrancaron el corazon y las tripas, y las echaron en el fuego; y cortada la cabeza, le partieron el cuerpo en quatro quartos: los quales junto con la cabeza cocieron un poco en agua herviendo, y assi los pusieron con clavos hincados en las puertas de la ciudad.

§. III. Confession gloriosa y martyrio de los Padres Servino, y Brianto.

Acabado esto, el verdugo llamó à Servino, diciendo: Ven tú tambien Servino, para que recibas el pago que éste recibió. Acudió luego él con un rostro lleno de alegría, y abrazó al verdugo, y besó la mano sangrienta que traía de la carniceria passada del Padre Campion. Lo qual de tal manera movió al pueblo, que con gran ruido y mormullo

acabaron con él. Vizconde que le dexasse hablar lo que quisiese; y assi se hizo. Porque subido en la escalera, hizo una grande exhortacion al pueblo: y acabada ésta, él mismo metió la cabeza en el lazo que le estaba aparejado. Lo qual viendo el pueblo, comenzó con grande clamor à decir: O buen Servino, Dios reciba tu buena anima. El qual clamor duró por grande espacio, y aun apenas despues de él muerto se pudo mitigar.

Despues deste Padre llamaron à Brianto. El qual antes que padesciesse, professó brevemente la fé porque moria; y purgóse de la calumnia que à él y à los otros Padres opponian de las trayeiones contra la Reyna, diciendo que ni aun por imaginacion tal cosa avia por él passado. Y demás de sus palabras, la innocencia de su rostro, y su cara angelica (porque era mançebo hermosissimo) daba dello testimonio. Pero lo que movía los animos, y los ojos de los que presentes estaban, era ver el alegría grande que mostraba estando para padecer: la qual alegría nascia de ver que padescia por la fé Catholica: y junto con esto, porque padescia en compañia del Padre Campion, à quien él tenia grande amor y devocion. Y assi en él como en su compañero Servino executaron toda aquella crueldad y carniceria de que usaron con el sobredicho Padre Campion. Los quales con un breve trabajo compraron eterno descanso, de que agora gozan, y para siempre gozarán; gloriandose en el cielo de lo que no se pueden gloriar los Angeles: que es aver dado la vida por la gloria de su Criador, dexando vencidos los hereges, y confundidos los demonios, y confirmados los Catholicos con el testimonio de la fé y constancia con que tantos tormentos padescieron.

Resta agora que el Christiano lector considere con ojos de fé, con qué alegría los sanctos Angeles acompañarian estas dichosas animas que tan valerosamente avian triumphado de toda la potencia del mundo y del infierno, ofreciendo la



vida por la gloria de su Señor, y por la salvacion de las animas: leales en esto à su Dios, por cuya fé murieron: y leales à sus proximos; puessiendo tan cruelmente atormentados, nunca los descubrieron: Martyres en lo uno, y martyres en lo otro. Pues qué fiesta se haria este dia en el cielo en la entrada destes gloriosos cavalleros con doblada corona (si decir se puede) de martyrio? Y con qué alegría los saludarian y recibirian los santos martyres, como à compañeros suyos, y imitadores de su fé y fortaleza, dandoles el parabien de aquella entrada en la ciudad soberana para cantar siempre las alabanzas del Señor, que tal fé, tal virtud, tal charidad, y tal constancia les dió, para que en medio de tantos clamores y torbellinos del mundo estuviesen con un corazón sossegado, y con un animo invencible, y despreciador de todas las amenazas y tormentos de los hereges?

*§. IV. Circunstancias maravillosas que en esta excelencia de los martyres resplandescen.*

**P**ues quien atentamente considera esta singular excellencia de los martyres, podrá notar en ella cinco grandes maravillas que aqui vemos referido. Entre las quales la primera es el numero tan grande de los martyres que padescieron por la fé. La segunda la qualidad de las personas que padescian; entre las quales entran mugeres flacas, y virgines nobles y delicadas. La tercera es la horribilidad de los tormentos nunca vistos con que fueron los santos atormentados. La quarta es el esfuerzo de animo, y alegría en el padecer, y libertad de hablar, escupiendo y blasphemando de los falsos dioses. La quinta es el fin de toda esta batalla tan prolixa, y tan reñida con que pretendian los tyranos extinguir la religion y nombre de Christo, para establecer su idolatria. Y no solo no alcanzaron lo que preten-

dian: mas antes como si las persecuciones dellos fueran favores nuestros, assi su idolatria quedó al cabo destruida, y la religion de Christo ensalzada y establecida. Pues estas cinco maravillas son una grande confirmacion de nuestra fé, y materia de una grande admiracion de la grandeza y omnipotencia de nuestro Señor, que por tan alta y nueva manera triumphó del principe deste mundo.

**CAPITULO XXIV.**  
*Decimanona excellencia de la religion Christiana: que es ser testificada, y aprobada con milagros.*

**O**Tro mayor testimonio tiene la religion Christiana: que es el de los milagros. Para lo qual es de saber, que assi como Dios es sumamente perfecto, assi lo son todas sus obras: porque la imperfection de la obra redundaria en injuria del artifice. Pues como él oblige à todos los hombres à tener fé (sin la qual es imposible salvarse) y para esto sea necesario creer cosas que sobrepujan la facultad de la razon, era justo que proveyesse él de medios suficientes para que fuesen creidas. Pues estos decimos que fueron los milagros; para que las obras que exceden el poder de naturaleza, hiciessen fé de las que exceden la facultad de la razon humana. Y estos son (como decimos) los milagros, que solo Dios puede hacer: y quando él los hace en testimonio de alguna verdad, la tal verdad es mas cierta que lo que se ve con los ojos, y toca con las manos. Los Reyes tienen sus sellos reales, por los quales son conocidas y obedescidas sus provisiones: mas el sello real de Dios, que es Rey y Señor de la naturaleza, son obras que sobrepujan la facultad della: quales son los milagros: las quales nadie puede hacer sino él, ó por virtud dél.

Destos milagros se han hecho tantos en la religion Christiana, que seria mas facil contar las estrellas del cielo que ellos.

ellos. Porque ningun santo es canonizado en la Iglesia, que no sea con testimonio y averiguacion de muchos milagros: de los quales se hace diligentissima inquisicion, por ser este negocio de grande importancia. De Sant Vicente Ferrer (que parece aver sido el que despues de los Apostoles mayor fruto hizo en la Iglesia con su predicacion) fueron probados y testificados ochocientos milagros para su canonizacion, sin hacerse inquisicion de los que hizo en las Españas, donde mas tiempo predicó. Pues quién será tan incredulo, que crea ser todos estos milagros falsos? Mayormente que uno solo que sea verdadero, basta para confirmacion de la fé. De las reliquias del glorioso martyr Sant Estevan cuenta Sant Augustin muchos milagros (a); y dice que si se viesen de escribir todos los que en diversos lugares de Africa se hicieron, seria necesario escribir muchos libros.

Mas porque algunos son muy inéducos de milagros, procuré yo escribir en nuestra introduccion del Symbolo tales milagros, que ningun hombre de razon los pudiesse negar. Porque parte dellos son milagros que los mismos santos que los cuentan vieron con sus ojos, y fueron testigos de vista. Y destes unos escribe Sant Augustin, otros Sant Ambrosio, otros Sant Hieronymo, y Sant Gregorio Papa, y Sant Gregorio Theologo, y Sant Chrysostomo, y Sant Bernardo, y Sant Juan Climaco, y Theodoro. Todos estos Padres tan señalados en sanctidad, en autoridad, en doctrina, cuentan especiales milagros à que ellos se hallaran presentes. Otros fueron muy notorios al mundo: como fue el eclipsi miraculoso que se vió en la muerte del Salvador, de que dan testimonio no solo los Evangelistas (que no osarán escribir cosa que à no ser assi, todo el mundo lo contradixera, y los escarneciera) mas tambien lo escrivieron autores Gentiles. Mas no solamente se escu-

resció el sol, sino tambien la luna, y todas las estrellas del cielo, que son innumerables: las quales todas se vistieron de luto por la muerte de su Señor. Y que esto sea assi, parece claro; porque escurecido el sol que dá luz à todas las lumbreras del cielo, necessariamente se avian de escurescer todas ellas. Y esto se confirma por testimonio del Evangelista (b): el qual dice que fueron hechas tinieblas sobre toda la tierra desde la hora de Sexta (quando el Salvador fue crucificado) hasta la de Nona, quando espiró en la Cruz.

Tambien la venida del Spiritu Sancto el dia de Pentecostés (c) con tan gran sonido, y en figura de lenguas de fuego, dando à los discipulos el don de hablar en todas ellas, tiene por testigos à hombres de todas las naciones y lenguas del mundo: que eran Judios religiosos y honradores de Dios, que de todas estas partes avian venido, y moraban en Hierusalém: y todos estos quedaron attonitos, y como fuera de sí oyendo hablar à los discipulos las maravillas de Dios en sus propias lenguas. Esto escribe Sant Lucas. Lo qual si assi no passara, tuviera este Evangelista contra sí todo este numero de testigos: con lo qual totalmente desacreditaba y destruía toda su escriptura. Y confirmase esta verdad: porque de otra manera, cómo pudieran hombres nacidos y criados en Galilea predicar el Evangelio en todas las naciones del mundo, como lo predicaron, siendo tantas las lenguas del mundo casi como los reynos y provincias dél?

Pues no fueron menos conocidos muchos de los milagros del Salvador, por ser tantos los testigos dellos, y estar vivos muchos de los que se hallaron presentes à ellos. Porque veinte años despues de su gloriosa subida al cielo escribió Sant Matheo en lengua Hebraea su Evangelio: donde refiere el milagro que el Salvador hizo dando de comer con cinco panes y dos peces à cinco mil hom-

(a) De Civit. Dei, lib. 22. cap. 8. (b) Matib. 27. (c) Act. 2.